

Carlos Pellicer

COLORES EN EL MAR
Y OTROS POEMAS

(1915-1920)

Grabados de Roberto Montenegro

Epílogo de Carlos Pellicer López



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

SERIE POESÍA



COLORES EN EL MAR
Y OTROS POEMAS

(1915-1920)

L. D. Guillermo Narváez Osorio

Rector

Carlos Pellicer

COLORES EN EL MAR
Y OTROS POEMAS
(1915-1920)

Grabados de Roberto Montenegro
Epílogo de Carlos Pellicer López



EDICIONES MONTE CARMELO



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición (Cultura, 1921)
Segunda edición (El Equilibrista, 1993)
Tercera Edición (FCE, 1998)
Primera edición con estas características: 2022

D. R. © Herederos de Carlos Pellicer, por la obra
D. R. © Carlos Pellicer López, por el epílogo
D. R. © Jorge Abdo Francis, por cuarta de forros

Editor: Francisco Magaña
Diagramación: Margarita Pizarro

D. R. © UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Col. Magisterial 86040
Villahermosa, Tabasco

D. R. © Ediciones Monte Carmelo, por la edición
Zaragoza 103, sur. Centro 86300
Comalcalco, Tabasco

ISBN: 978-607-606-590-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Dedicatoria

*A la memoria de mi amigo Ramón López Velarde,
joven Poeta insigne, muerto hace tres lunas
en la gracia de Cristo.*

EN MEDIO DE LA DICHA de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.

El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpiente en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría

Porque la flor más alta dance y ría
el viento entre los árboles se mueve.

Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.

Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

El amor, que en el caos fue primero,
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Órbita la mejor porque es ternura
esquimalada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—
y en junio darte mis cosechas, dobles.

Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor, arda y convivía

en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente,
y cíñela Señor con la infinita
corona del amor.

COLORES EN EL MAR

1915-1920

Si a este libro se le juzga como obra de arte, difícilmente resistirá los espejos de la crítica. Si se le juzga por el entusiasmo, es posible que la alabanza sea unánime. Tengo veintitrés años y creo que el Mundo tiene la misma edad que yo. Un fuerte ánimo del color, innato, infantil, rueda por estas páginas con estrépitos estudiantiles y la onda marina del amor parece una cortesía en medio del salvajismo de la obra.

La mujer admirable por cuya adoración se estremece este mar de páginas, vive en la provincia cálida de los grandes ríos mexicanos. Si hay penumbras en este libro, ella las ha colgado con sus manos morenas opacando así más de una estrella. Amor único, primero e inmortal.

Soy cristiano y alabo al Señor con alegrías. Amado Nervo me aprobó este sentir y en mi conciencia está grabado con la más pura sinceridad.

Debo a dos máximos Poetas de América la influencia de cierta manera de expresión que hasta ayer me satisfizo y me fue benéfica. Pero hay en el libro cuatro o seis páginas tan diversas de la otras, que el lector más anónimo podrá escoger fácilmente. En tales páginas está mi expresión actual, nada importante desde luego. Lo demás lo considero obra de colegial, pero tan sincera e ingenua que por ello me he decidido a hacerla pública.

Montenegro, nuestro dibujante celeberrimo, firma las tres estampas que dan un acento nuevo a las marinas y a las danzas.

Por los días en que este libro entró en las prensas, murió un gran poeta cuya influencia será inmensa. Algunos jóvenes lo reverenciamos y veneramos sus poemas. Su nombre, escrito en las puertas deste libro, es el don más noble que han podido conseguir estas mis páginas primeras.

C.P.



EL MAR —que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual— tiene para mi corazón los elementos principales para subordinarme a él.

Por el afán dinámico que predomina en mí, el gran lugar donde se mueve el agua me atrajo soberanamente. Y me atraerá por mucho tiempo todavía.

Playas de México, playas de Colombia, de Venezuela —repúblicas inolvidables a donde llevé durante dos años la representación de los estudiantes mexicanos—, playas de Cuba, sonoras playas del Atlántico, isoberbias playas del Pacífico! La sal y el viento de sus panoramas han invadido mi sangre tornasolándola con todos sus recuerdos.

A Salvador Díaz Mirón, lleno de la eternidad de la gloria, viejo y entristecido y olvidado, dedico estos versos marinos, breves homenajes.

LANZÓ EL MAR el gran grito de la aurora
y fue dismantelándose lo mismo que un navío.
Yo dilaté mi espíritu, reverdecí, y en toda
la playa hubo un encanto de espumas y de bríos.

Nuevas decoraciones vio el mundo. La mañana
me devolvió mis dulces manzanas. En la flor
del alba, dispersé la Rosa de los Vientos:
Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste el amor.

Floralia luminosa, disímbola y constante.
Sobre alabastros nuevos mi vaso cincelé.
(Los matinales brindis de las albas cantantes,
de todas las auroras de mi inmutable fe.)

Planté en la playa el noble palmar de tu recuerdo;
te erigí el obelisco de mi blanca lealtad.
Debajo de las palmas y enfrente del desierto
me consagré a la aurora de tu inmortalidad.

EL MAR a azules ímpetus voltea su engranaje
y el juego de dobleces libérrimo se oreá;
el faro como un cíclope deslumbra el homenaje
de un gesto de distancia, plateando la marea.

Rastro de un gran crepúsculo. Negro-azul el Atlántico,
cuyo abracadabrántico
decir en esta hora,
es como el eco bárbaro de un insólito cántico
hecho de iris de espumas y arquerías de olas.

Y las sílabas mágicas,
raras sílabas negras, se perdían en las olas.

¡EL SOL! El Sol! El Sol!...

Detrás de un arbol

llegó aquel joven Sol.

Y el alba al encender

el gran faro del día

en la noche del Tiempo, todo lo desoía;

y yo volví a nacer.

Nubes en sol mayor

y olas en la menor.

La vida era tan bella como el amanecer.

Pareció que en el mar

se bañasen mil niños; así las olas eran

infantiles y claras de gritar.

Y una mujer pasaba

toda dominical.

ES UN MAR levantisco que ni con malecones
ha podido aquietarse: es un mar muy latino...
De la túrgida agua los móviles montones
truenan bárbaramente; tal el verbo marino.

Rueda en rápidas rondas el rebumbio pontino,
y al distanciar la espuma de sus cuerpos trotones
es porque en las aristas del malecón salino
soberbiamente proclamó sus evasiones!

Mar levantisco y fuerte de rodante ambulancia;
mar que asusta a la fácil y vibrante elegancia
del palmar que dijérase agarrara a la brisa.

Y no hay nada tan bellamente enorme y retante
como la inmensidad y la salvaje prisa
deste mar ondulante, rebotante y triunfante.

EL MAR. La tarde. Niños. Recuerdos de Sorolla.
(Corren las pinceladas del pintor, como el mar.)
El mar que ve a los niños disparatar, se embrolla
y se cae, se endereza y se pone a jugar.

Las chiquillas son Evas y los niños Adanes,
pero ellos no lo saben. Delira el carmesí.
Y el mar que se atropella rasgando sus holanes
una vez es grotesco y otra vez es sutil.

Vida que en las cabriolas del mar anulas todos
mis éticos problemas, gracias, por tu virtud.
¡Dosel de auroras tienen sitiales de tu trono!
Tú reinarás radiante sobre mi juventud.

ANTE la fuerza elástica de las olas enormes
que voltean sus caprichos en líneas poliformes,
las ideas salvajes de mi alma están conformes.
Qué bárbara armonía! Qué brutales suicidios!
Cual gigantesca lucha de monstruosos ofidios,
las desesperaciones de las olas me eluden
quietudes indigentes que me agobian... Que ayuden
a mi espíritu recio al levantar su bloque
de fortaleza!, grito a las olas. Y un toque
de esperanza en mi espíritu siento llegar... Se hinchan
las olas y se empujan, se aplastan y relinchan.
Un informe relámpago hizo un instante de oro
en aquella hora gris. El mar se hizo pedazos,
y en la roca era un bárbaro largo beso sonoro,
y en la playa volvíase amplísimos abrazos...
Ante aquel mar sin barcos ni sirenas
viví cálido instante... Y sentí muchas veces
un deseo inaudito de luchar con las olas!
Como cuando se cree vencer alguna brava
pasión que desenfrena sus búfalos. A solas
esta pelea resulta,
como cuando la nieve quiere enfriar la lava!

PINTADO EL CIELO en azul.

El mar pintado en azul.

El alma suelta en azul.

Azul

Azul

Azul.

El día jugó su as de oro

y lo perdió en tanto azul.

Y el silencio dijo *en coro*:

“Ya mañana no hay azul!”

PALIDECÍA EL ALBA sus vitrales
como de catedrales estupendas,
mientras las provincianas catedrales
fulguraban cristales de leyendas.
En aquella mañana
de amor y de color y de sonrisa,
imaginé buscar conchas extrañas
en que el rosa al azul-íntimo asombre,
y tornarme en orfebre de tal nácar
para las nueve letras de tu nombre.

AYER EL MAR, lleno de represalias,
lanzó sus gladiadores sobre este litoral;
lo mismo que los bárbaros rugiendo en pos de Italia
desmelenadamente devorando la paz.

Fue un galope flotante de remotas venganzas
que acaudillaba el rayo desatinando flechas.
Sobre el cielo harapiento vibraron las entrañas
del Sol. Aquella tarde fue sólo una silueta.

Rindió la costa palmas de rítmicas banderas.
Y aquel mar coronado, fúnebre y vencedor,
fanatizó su gloria fosforesciendo estrellas
como un pez colosal sorprendido en el sol.

COMO TRÁGICA VÍSPERA fue la tarde. Corría
desangrada una ola que generó aún así.
El Sol quemó sus naves como Cortés. Había
temor de ser humano por no caer allí.

(La Noche levantándose del oriente, pulía
dulcemente la estrella surgida para mí.)

Alguna vez las olas volaron. O fue una ave?
Que entre pluma y espuma certeza no se sabe.
La soledad humana volvió a mi corazón.

Y el paisaje marchito por el fúnebre trance,
disminuido en los negros fue sospecha de lance
vengador... Ya la Noche cantaba su emoción.

DEL SUR LLEGÓ el andante del mar, vuelto andantino.
A lo lejos las olas acordadas se ven.
Y al llegar a la playa, claras y burbujeantes,
abren escalas rápidas y brillantes.

Suenan grandes, solemnes, las olas a distancia.
En la orilla tiritan, gritan sus cristalillos.
Allá tumban a tumbos tantas notas que tratan
Y aquí trituran cuentas de cristal y de vidrio.

Sonata alternativa de andante y andantino.
(Las notas que no surgen en perlas se cuajaron.)
Y el mar se desmelená tocando su divino
concierto matinal en sus gloriosos pianos.

ES UN JARDÍN el mar de nocturnos prodigios:
desdóblanse oleajes entre fosforescencia
y pienso que del carro divino los vestigios
difíciles y elásticos, de argentada cadencia,

revuelcan sus angustias de lírica demencia
y en un cantar monótono explican sus presagios...
El mar es un jardín de azul fosforescencia
que arquea en sus floraciones marítimos prodigios.

Rebumbio de plateos, visión de argentería;
miríficos esfuerzos que enrollan espirales.

Y sobre la alegría que tiembla en los cristales,
el gesto de las rocas profundas y centrales
que son como las pausas en rara «fantasía»...

DESDE AQUELLA CAVERNA solitaria
oí la voz del mar. La tarde era.
Ennegreció una roca su estatuaría
tosca, gris, colosal, grave y primera.

Y oí la voz del mar que saludaba
las palideces lentas y cordiales,
de aquella tarde que se desbandaba
como las hojarascas otoñales.

Nada tan desasido y tan supremo
como un hondo crepúsculo marino,
que con una amplitud a flor de extremo
lo abarca todo como un arco andino.

El anonadamiento de la hora
se iba poniendo como humedecido:
la silente ficción elevadora
de un éxtasis de otoño oscurecido.

Y el silencio bajó de las estrellas.
El mar tembló la última vez. Mis manos,
saciaron su sed de tocar huellas
de cóleras de mar, como de arcanos.

TÚMBAME CON TUS OLAS, tumbame con tus vientos,
mar de la siesta diáfana que tu belleza soplas.
Te lanzaré desnudo mis dardos corpulentos
como un salvaje azteca que ve hasta hoy las olas.

Si a tus giganterías demando el gran torneo,
una razón de bosques impele mi soberbia.
Tu carne formidable no vencerá a este reo
de robador de robles y flechador de estrellas.

Caracoleando olas y reventando espumas
me impedirás el rapto de tu perla mejor?
De la Corte suntuaria del otro Moctezuma
me envían a buscarla para nuestro Señor.

EL MAR VERDE fijó el verde
de la mejor esperanza;
mil palmas verdes también.
El mar mereció esas palmas
por su vieja intrepidez
que hizo eterna mi esperanza.

Y el verde dijo: Después!

PUERTO DE DOS BAHÍAS colosales
amuralladas montañescamente,
donde corren sus carros los cristales
de un mar malvado, viejo y transparente.

El caserío impuesto a la insolente
serranía abismal, plantas sus cales,
y enfarola de noche la silente
cerril audacia. Muelles triviales,

han intentado refrenar la rabia
magnífica del mar. De mucha labia
es la gente porteña. A esta hora

un brochazo de sol poniente explica
la corpulencia vegetal; se dora
una casa que el mar ladra y salpica.

ENCUMBRABA LA TARDE las estrellas primeras.
El silencio marino comenzaba a poner
graves, viejas, las cosas. Y en las naves veleras
se hacía luz con esa calma de anochecer.

Ángelus aldeanos sentíanse.
Facilidades íntimas para encontrarse el ser,
se hallaban en la sombra llena de pensamientos
y de almas de mujer.

Oh estos puertos antiguos sin comercio y sin modas!
Descoloridos de ocio, cansados de sentir
la eternidad del Tiempo y el idilio de todas
las lindas madrugadas con el nuevo zafir.

El mar durmió esa noche como hacía muchos años
no había dormido. El viento solía regresar.
Y pensé en Ella, aquella la de morenas manos
que alió sus dulces penas con mis gritos de mar.

EL VIENTO allá a lo lejos derrumbó una silueta.
En la hora pequeña, cuando el atardecer.
El trópico en las palmas, dosel de sus poetas,
doraba el alto fruto que se ofrenda a la sed.

Crepúsculo sin oro, pensado extrañamente.
Abstracciones fantásticas eran profundos grises.
Solamente una nube era como una rosa,
y acaso alma de rosa de otoñales jardines...

Breve temblor marino hizo hablar al silencio.
Todo fácil perfil conservó alguna línea.
El ambiente sombrío, se iba haciendo denso
como un miedo dudoso.

Pasó cantando un niño. Se encendió una linterna.
Me ennegrecí de sombra. Amé la vida más!
La noche se ahuecaba como una gran caverna.
Todo estaba perdido, y estaba muerto el mar.

RÁFAGAS ONDULANTES ondularon la tela
suelta en el mástil negro de un bote pescador.
El tiempo vespertino se aguaba en acuarelas
de matices distantes, cristalinos de sol.

La intimidad del tiempo, húmedo y silencioso,
suavizó mis ideas y me dio su sonreír...
Tarde porteña y clara sin el gesto penoso
de todos los crepúsculos! Plenitud de zafir!

Nubes de aristas rojas movieron sus figuras
que adelgazaba un nuevo viento de suavidad.
En la violencia clara de unas desgarraduras
oceánidas, veíase y abríase el alma del cristal.

Santidades abuelas, divinas esperanzas,
perfumaban la síntesis del silencio interior.
Cayó una ola lejos. Llegaron sombras y ansias.
Todo se puso humilde. La vida fue mejor.

ESTUDIO

A Pedro Henríquez Ureña

JUGARÉ CON LAS CASAS de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos.
¡lo que diga el poeta!
estamos en Holanda y en América
y es una isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.
Con las cuerdas de la lira
y los pañuelos del viaje,
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.
La casa de Gobierno es demasiado pequeña
para una familia holandesa.
Por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
Y por esa callejuela sospechosa
haremos pasar la Ronda de Rembrandt.
...pásame el puerto de Curazao!
isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.



YO ROBARÉ tus múrices y tus nácares: Rito
de todo buen marino, es robar al océano.
Yo robaré tu *spóndylo* más raro y haré un mito
maravillosamente profético y arcano.

Oirás que una mañana alguien te dice: «Hermano,
has oído una voz de dolor infinito?
Se diría que tú eres el que llora... Infinito,
es el dolor nocturno de algún buque lejano...»

Y ese dolor será el dolor que resuene
dentro del caracol agresivo y extraño,
cuando mi mano elévelo hacia el sol que retiene

la visión inmortal de tu vida. Maestro:
una mañana oscura yo sabré de tu extraño
dolor, y tu dolor acaso signe mi estro.

ESMALTÍN EN LA PLAYA el cangrejo,
esparcía su absurdo vigor.
Sobre aquella inmensa playa silenciosa
descansé mi corazón.

Mar divino que loas mi gozo
de amar y vivir,
que las manos doradas de Ella
sólo sirvan a lirio gentil.

LA TARDE doraba su sangre
y el viento doraba su voz.
En tus manos mi lira será,
la mejor.
En los brazos de hierro las cuerdas,
sentirán,
que tus cálidos dedos las tocan
como tocan las aves al mar.
Mujer que saliste del Sueño
de Dios,
en tus manos mi lira será,
la mejor.
Balada en la tarde me puse a cantar:
para aquella que deja en mi playa
la huella de un dulce pasar,
pinto auroras en cielos boreales
y endulzo las aguas del mar.
El otoño del mar será d'Ella,
divino tesoro naval,
y el milagro de todas las lunas,
tendrá.
Por el aire estrellado mi sombra
viajará como lento bajel,
y traerá los diamantes del mundo
temblando por esa mujer.

Balada te dije en la tarde.
Tu vida en mi ser fulguró.
La tarde doraba su sangre
y el viento, doraba su voz.

AQUELLA NOCHE el mundo satisfizo a los hombres.
(La Tempestad dormía en las cuevas del mar.)
Y en tanto que el abismo se poblaba de nombres,
la Humanidad perdía la silueta del mal.

Todo se supo entonces. Hasta la misma hembra
volcó las arcas negras de su dolor sin luz.
El trigo se hizo hostias en medio de las siembras,
y ancló, sin esperanzas, el viejo barco azul.

La alegría de ser, de existir sin pensar,
encendía los cuerpos dorándose en la frente.
Unos fueron la tarde, otros fueron el mar;
esos, como jardines; hubo alguien sin pasado y acaso sin
presente.

Quién es aquel que viene como sobre un compacto
rebaño al que jamás cortáronle el vellón?
Quién es aquel que trae maravilloso el manto
como jirón de sol?

A dónde va ese esbelto fantasma luminoso
que viene iluminando los músculos del mar?
Y pasó Jesucristo, divino y melancólico.

Cuando estalló la aurora, volvimos a llorar!

EL ALBA MARINA se pobló de ángeles.
Las nubes salieron volando del sueño del Sol.
Las olas se estaban bañando
más temprano que ayer y que el Sol.

Un ave, no sé cuál sería,
llevaba locamente mi mensaje de amor.
Y el viento que mesaba las ágiles palmeras
le cambiaba al paisaje el color.

Debajo del alba marina
bendije lo amargo del mar.
Y el nombre de aquella, la dulce y divina,
como un ave, en mi frente se vino a posar.

APOGEO MONÓTONO de suprema pujanza:
gruesas ruedas de olas redobladas de viento
se rodaban redondas broncamente en su intento
rebotando en el muro, culminado de lanza.

Fácil punta de acero en que en líneas de danza,
banderola ligera de un matiz de contento,
quiebra en súbitos ángulos o en ondeaje lento
su lienzo de señal que hoy predice bonanza.

Los derrumbes marinos solamente en los bajos
desenrollan su ruido de polea, y andrajos
de espuma van meciéndose. El mar, fuera, está quieto.

Deste lado hay tropiezos de olas verdes, y allá,
está el mar semejante a un tranquilo secreto,
profundo en el silencio que siempre esconderá.

CUANDO LA AURORA se izaba
fui por espuma a la mar.

Pasó una barca
y un cantar.

Saludó el mar la bandera
con una marcha triunfal.
Lavandera todo el mar.
La bandera de la Aurora,
desigual.

Todo el color de aquel día
que fue un año matinal.

CON UN GRITO incompleto una cuádruple ola
aplastó una gran piedra rota del malecón;
y una huida de rojos cangrejos, colora
el gris húmedo y feo del tosco murallón.

Y de las grietas cuelgan cordoncillos de gotas
que poco a poco van disminuyendo el «bis»
del arpegio continuado... Y va quedando sola
una gota en los ángulos de cada piedra gris.

El mar lleno de sol, retorció sus erres
con diáfana y altísima y alígera amplitud.
El mar pegó en el muro, como forzando un cierre,
hasta que una gran ola, saltó, sobre el talud!

COMO UN FAUNO MARINO perseguí a aquella ola.
Suelta la cabellera y el talle azul-ondeante.
Como un fauno marino nadé tras de la ola
que distendió sus líneas como hembra jadeante.

El Sol ya estaba viejo, pero era un rey
que aburrido aquel día de bañarse en el mar,
se embarcó en una nube
y apenas si tenía algo que recordar...

Yo perseguí a la ola pensando que la hora
miedo haría en la ola musculada y sonora.

Pero como avanzara yo sobre el litoral,
la ola arqueando ímpetus se retorció en la arena
dejando en mi lascivia tres algas por melena
y una gran carcajada de espumas de cristal.

EN LA TARDE OPALINA, frente al mar de Campeche,
nupciales las Penumbras atlánticas me velan.
El oleaje finge rumores de gacela
perseguida. Es la hora que mi senda se estreche.

Yo me siento cohibido al crepúsculo. Aceche
o no mi corazón su llegada, lo anhela:
el prisma silencioso sus ángulos bisela,
se mejora la tarde... Tardes mías de Campeche.

Una tristeza amable, una desas tristezas
que da la evocación de las bellezas
de un asombro, ha venido a divagarme pía.

Y en el mar y en el cielo, en la sombra del alma
y en la brisa que cambia la quietud de una palma,
va esa adorable y leve, suave melancolía.

EL MAR DIAFANIZABA sus figuras
en aquel medio día carnavalesco,
en que se disfrazaban las pavoras
de agua, con oro cálido y grotesco.

Un enfurecimiento de Sirenas
sacudió la espesura del océano,
y a veces se quedaba una melena
en la desnuda gracia de unas manos.

Yo por idiosincrasia (conocida!),
de un salto audaz atravesé una ola,
al percibir la plateada vida
de una rútila cola.

Mas a pesar de la maroma aquella
no vi sino la huella luminosa,
que era un tropel de ilógicas estrellas
en descensos de líneas tempestuosas.

Dentre las densidades submarinas
salí con la fatiga de un anciano,
y me tendí en la playa... Se veían a lo lejos
las burlas de unas divinas manos...

TARDE AZUL, agua azul, desolación tranquila.
Nubes abandonadas sobre otro litoral.

Vuelo de grises pájaros su lento viaje ahíla.

Una voz que del fondo del dolor vespéral,
con el rumor brillante de un puñal que se afila,
llega. La tarde mata poco a poco. Se hila
la red sutil de un rayo de la Luna espectral.

NOCHE SIN SOMBRA, sobre el mar. La nave
es ave rara entre el horror marino:
La vela triangular tiene el amor de un ave
con las alas abiertas y de pie sobre el nido.

Un tropel de reflejos va excitando la quilla,
nervios áureos y locos de instantánea visión;
como rayos de luna que se hiciesen astillas
al caer a las olas enjoyando su son...

Noche de terror y de gloria...
Solos, en el misterio cristalino del mar,
viendo vivir la Luna y contando una historia
desolada y sombría de un buzo singular.

FRESCA HORA DE NÁCAR. Evasivas
de sombra barre el aire. Madrugada
sencilla: una enorme pincelada
indica auge de luces agresivas.

Determina el gran mar sus formas vivas
de tropa de mujeres asustada.
En el cielo radiaron las ojivas
del castillo del Sol. Bruscas y en cada

una de aquellas rocas como búhos,
hay gaviotas silentes. Áureas puntas
de mástiles se ven. Quintas; en su hos-

pitalidad complacen amistades
discretas. Me contesto mis preguntas,
y creo en Dios como en mis soledades.

LARGAS OLAS torcían sus turbulentas masas.
Al inflarse la aurora fuertes olas pelean.
Y dos rítmicas nubes como líneas de asas,
salen del horizonte. Los mástiles se orean.
Yo entré al mar como entrara un pensamiento extraño
en un talento bárbaro, irritado y brutal;
y fui tras de la espuma, como tras de un engaño
de estrellas voluptuosas excitadas de sal.
Las iluminaciones orientales incendian
aldeas fantasmagóricas de las islas del Sol;
y unos pájaros blancos que el azul intermedian,
rozan el agua a veces como ángulos de sol.
Una brava ola atlética me arrastró hacia la arena,
y al revolverse, grueso su empuje me bajó;
como la irresistible crencha de Magdalena
fue la clara ola aquella que el sol nuevo doró.
Y un barco que salía apedreado de olas
entre el rotundo escándalo con que se impone el mar,
abandonó la rada como esas gentes solas
y vagabundas y últimas que van a aventurar...

PASÉ TODO EL DÍA pensando en sus manos.
Tan amantes sus manos de amor!
Provincia. Paisajes lejanos.
Dolor.

Mi llanto de niño de entonces...
La noche de luna de la despedida...
Nuestras manos henchidas y ansiosas
llenaron la vida.

Pasé todo el día pensando en sus manos
y luego me puse a cantar.
Si el mar conociera sus manos!
Caía la tarde en el mar.

AYER se hundieron
un barco holandés y el Sol.
La medianoche ha quedado estancada
en los astros mayores y en los pechos de amor.

En la playa hay preguntas y luciérnagas.
En el puerto solo yo soy feliz.
Tu nombre me salva del Mundo!
Divina palabra!

Silencio y abril.

MIRA CÓMO SE VAN esas nubes de otoño
tendidas a lo largo del largo y quieto mar.
Mira cómo se van esas nubes de otoño,
como naves de fábula que pronto volverán.

Es la tarde tan clara, que hay gentes asomadas
a sus puertas, diciendo que es la tarde mejor.
En la tela del cielo, dos o tres pinceladas
maravillosamente rítmicas de color.

Rasando el horizonte, las nubes que te digo
—como naves de fábula que pronto volverán—
van simétricamente, sin temor de enemigo:
no hay viento desde ayer; hojas quietas están.

Septiembre es ese hombre que está echando sus redes
melancólicamente, sin ganas de pescar,
...Ves la primer estrella? Asúmela, si puedes
comprender la infinita desolación del mar.

COMO UN ENCUMBRAMIENTO de verdades
aquel día se alzó. El mar corría
sobre los grises de unas soledades
playeras, y ancho viento se extinguía.

Al desplomar la sombra su silueta
se desplomaba el cielo en nubes largas,
y en un delirio de ganar la meta
rodaba el oleaje en rudas cargas.

Dilataba el paisaje sus confines
en la diafanidad aérea. La mañana,
afilaba vibrantes espadines
entre los árboles de sombra aldeana.

Y era ondulante la visión. El día
lleno de nubes y de mar se ardía.

Una audacia del Tiempo era el paisaje
que como un homenaje
primitivo y genial, se daba enorme,
ruidoso y poliforme.

Aquel día,
me desnudé y huí a unas playas salvajes.

LA DULCE MARINA de Estío
llenó de esperanza mi canto.
Y el cielo ingenuo, con las nubes era
la Dicha azul con sus encajes blancos.

El mar arrimado a las barcas
oía la historia de algún pescador.
Y como era domingo, veíanse en la playa
bajo denso palmar las mujeres cantando el amor.

La siesta dichosa copiaba otra siesta.
Y el cielo, de azul y de blanco,
pareció que era como tú aquel día
la Dicha azul con sus encajes blancos.

SALUDEMOS AL MAR de perpetuo entusiasmo,
bravo de rotación!
Lo aclama el viento y lo miran los astros.
Saludemos al mar que tiene siempre una nueva expresión.

Suelte su voz sensual
la noche que, prendida con claros alfileres,
levanta la sirena de cristal
de la luna afilada.

El mar simula un gran estadio
visto a través de fábulas violentas.

El mar desmesurado
lleno de viejos júbilos y fúnebres contiendas.
Mar: tú dices mis versos
 en tus olas redondas y aguerridas
 que en las albas flamantes,
despiertan brutalmente la playa adormecida.

Y cuando en ti sumerjo
mi carne joven, y en beligerantes
actitudes, derrúmbanme tus brazos,
 te grito mis poemas
cual salvaje diadema que arruinara a pedazos!

Saludemos al mar de perpetuo entusiasmo,
bravo de rotación!
Lo aclama el viento y lo miran los astros.
Saludemos al mar que tiene siempre una nueva expresión.

A veces te maldigo,
pero siempre te adoro.
Yo te he llamado mi terrible amigo
y yo soy el poeta que exalta tu tesoro.

Tú que impones
silencio a mis leones,
y haces pálida y noble mi tristeza,
ahoga mi tristeza, mata los corazones
de los que aún lloran tanto, sabiendo tu belleza!

SANDALIA DE ESPUMA saqué del océano.
Bañé mi pujanza y mi ser.
Y la blanca Luna cargada de oro,
dijo bien de tu amor y mi fe.

Mujer que en la noche marina
mejoras la tierra y el mar,
ancla mi vida.

EN NEGRO se desafina
la penumbra de la tarde.
¿Y el corazón? Tarde a tarde
a la muerte se encamina.

Árbol negro. La silueta
torna el paisaje elegante.
Una tarde sin poeta,
un amante sin amante.

Aguafuerte inacabada.
La postrer ola en la arena
como una larga pisada.

SON DE VIENTO en las palmas. Brinca el mar. Bergantines.
Como púgiles blancos son dos nubes opuestas.
En los triángulos grises de un velamen, en fiestas
de colores errantes, juegan pájaros ruines.

Dos lentos alcatraces, como aéreos rondines,
en monótonos vuelos, vuelven. En las florestas
playeras vibra el júbilo del verano, y a estas
horas llevan al baño marino a los rocines.

Pálida y resonante, toda ritmo y soltura,
y ungiendo con sol y agua la movible blancura
de su cuerpo, una hembra, cabe rocas se mira.

Y una roca que aísla su solemne postura,
después que suena un látigo de ola en su negrura,
con la espuma sonrío, con sonrisa de ira!

YO NO SÉ qué tiene el mar,
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar...

Novilunio de marfil
se ha escapado de las nubes
por mirarse en el cantil.

Los romances de la noche
abren ala en el palmar,
y dice el viento nocturno:
«Yo no sé qué tiene el mar.»

A veces una guitarra
que desgarrar
una canción española,
lamenta el silencio humano
y la quietud del océano
que no emerge ni una ola.

Mi vecina está de luto.
Y hasta esa nota discuto,
pues la oigo suspirar.
Yo creo que está de luto

por la tristeza del mar.
Por la tristeza del mar!...
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar...

EN LA NOCHE las rocas simulaban diamante
(todo un día de espumas que el mar dilapidó).
Robó el mar al ensueño su realidad gigante
y levantó en la Luna su propio corazón.

Y fue el alma de todas las estrellas azules
la que al latir en medio del mar nos impelía
a encender en el fondo del alma nuestras luces
con el fuego de la santa alegría.

Fosforeció el prodigio y en rumbos rutilantes
el mar, el cielo, el alma se dieron a volar.
Augustas persuasiones como nobles diamantes
fuéronse sagitarias sobre la Oscuridad.

ALMA, ven a humillarte,
es *ella* la que viene, tal vez la trae el Sol.
Tus besos anticipále cantando su recuerdo
y escribe en palmas jóvenes el nombre del amor.

La llevará el Océano sus flotas matinales
que han de regar espumas a su paso triunfal.
Tiembla alma mía, tiembla, desnuda tus cristales,
dulcifica tu voz y humilla tu humildad.

Se quitaba la Noche sus últimas diademas.
Abrió sus puertos claros mi eterno amanecer.
Tu voz al sur del alma profetizó una estrella
sobre las cordilleras que pasan por mi ser.

SEÑOR, qué gran palabra la que diste a la Noche.
Quien la escuche sabrá lo que sabe la flor.
Beso la arena, húmedo, silencioso y salobre
para que no se varen mis bajeles de amor.

(El mar soltó sus redes de espuma, y una estrella
marina se enredó y en la orilla se apaga.
La Noche iluminada, languidecía. Y *ella*
me aclaraba con lágrimas el alma.)

Señor, anula el tiempo! Cien lunas ya de ausencia!
Mujer —jardín y reino—, pacifica mi frente.
El mar abrió sus ojos de dichosa sospecha
y el Alba, opulentísima, regresaba de Oriente.

TU BELLEZA y el Mar buscan mi estrella.

COMO UN PAÍS demolido,
está el mar.
El mar ha naufragado
después de muchos siglos de inútil navegar.
Los puertos están anclados para siempre.
Baja un alto silencio sobre la Humanidad.
El mar ha naufragado
después de tantos siglos de loco navegar.



DOS DANZAS DE TÓRTOLA VALENCIA

A Roberto Montenegro

Varios poemas me sugirió el arte opulento
y sagrado desta mujer extraordinaria. Pero
estos dos son los menos imperfectos y los
que a ella más le gustaron.

LA DANZA DEL INCIENSO

Música de Luigini

COMO UNA ESTROFA de silencio, avante,
se retorció una ráfaga de incienso
violando el pliegue de los cortinajes,
altamente caídos en silencio.

La danza hecha mujer, surgió: en sus manos
el rito hecho incensario, dócilmente,
desdoblaba versículos sagrados
en la sagrada combustión doliente.

La mujer hecha danza, viste en oro;
va de la testa al torso áureo tocado austero.
Y pasea en un círculo, el tesoro
sacerdotal, suntuoso, de su cuerpo.
(La escena envuelta en gasas tiene todo
lo silencioso que hay en la tarde y en los Templos.)

Sentada ante el incienso que se arquea,
la suplicante hindú pronuncia el ruego:
«Fecúndanos, Señor, mi vientre sea
como orilla del Ganges: maternal, bajo el beso de fuego».

Torna la danza en cincelados tiempos,
pero insistiendo en ángulos rituales,

en que los dedos muéstranse tan tensos
que se dirían muertos de piedades.

Es el instante en que el misterio invade
al músculo potente y poseído,
por ese movimiento que persuade
del milagro de Agni, hecho de ritmo.

Es el instante en que los brazaletes
al encogerse el bíceps se ensañan en la carne,
y entonces la sonrisa felinos dientes muestra
en un lúgubre gesto amenazante.

Y sigue el incensario la otra danza,
la impalpable y sutil del humeante aroma,
y parece que eleva una esperanza
en un juego de alas de paloma.

La divina danzante en su traje de oro
estricto al cuerpo, toma el incensario,
y se va extrañamente como algo que es de oro,
como algo que es de incienso y torna a su sagrario.

LA BAYADERA
Música de Leo Delibes

SALIÓ la bayadera
cuando el tambor
tronó
tres veces.

Era
verde su falda y rojo su tocado
que, suelto en dos banderas, largamente,
aleteaba prendido entre los dedos,
desflecado de perlas en la frente.

Salió la bayadera
y sobre la escalinata de las notas
se desarticulaba en nobles brincos
que abrillantados por los cascabeles,
giraban con alígeros ahíncos
la danza impar de voluntarias mieles.

Genuflexa en la alfombra se pandea
en rotatoria lentitud que ahonda
la onda lujuriente en que bucea
la perla azul de seducción, redonda.

De pie la bayadera,
inicia los sensuales movimientos
del vientre y la cadera.

Y la música ondeando el tema lento
es la sonrisa de la bayadera.

De pie, la bayadera,
alza su verde falda plegadiza,
hasta la mejor curva de su vientre;
y sus piernas como tantas arandelas,
superpuesto el color en cada una,
semejáronme mínimas pagodas
erectas a la gloria de los Buddas.

La bayadera,
tenía las magníficas y todas
las constelaciones y algo de la Luna.

Su pecho esplendía
como sus ojos en la idolatría.

Y así empezó la danza a crecer y a crecerse,
hasta el juego rosal de irradiar el vestido.
A girar y a girar de tal modo que fuese
un delirio de fuente, de ilusión colorido.

De tal modo giraba, con tan rápido intento,
que el joyante momento desa vida inmortal,
semejó la danzante sobre el mundo, vertiendo
el vino desa estrofa como de Omar Khayyam.

Y era el girar frenético, ruidoso en las ajorcas,
deslumbrante en las telas, en el torso, sensual.
Hasta que la embriaguez de la espiral continua
la rindió entre el escándalo del crescendo final!

RECUERDOS DE LOS ANDES

Tres aguafuertes sobre la tempestad en los Andes, escritas en Boyacá, Colombia. Sobre esas montañas pasó y triunfó Bolívar en 1819, el más generoso de los hombres y el más grande de los héroes.

LA TEMPESTAD EN LOS ANDES

LANZADA LA SIERRA sobre los paisajes
tuerce y retuerce su fuerza total.
Recuerdos de antiguas batallas
soplan sobre Boyacá:
Sobre los Andes vertiginosos
se dinamita la tempestad,
y manifiéstase con los relámpagos el horizonte
de lúgubre claridad.
Una pasión de banderas heridas,
llorados pañuelos de la patria viril,
nos arranca el corazón y lo moja en la lluvia
rotunda y afín.
La orfandad rigoriza su miserable causa,
niega el paisaje el corazón del Sol,
y la cordillera se agiganta
como para destruirse un escalón.

Solo un pájaro canta
como un lugar bueno del corazón.
Reestalla en sesgos áureos la tempestad lejana.
Hay una angustia pastoril.
Los toros intrépidos y las vacas pintadas
soplan corneta o cornetín.
Y se atropella la vacada

y sigue atropellándose después en el redil.
Un viento negro de nubes
deja a las aves sin alas y a la rama sin flor.
Por el agrietado cielo
entran los fantasmas del temor.
Diríase que el tiempo parece
a cada latigazo de esplendor.
El medio-día desolado
recoge la tristeza del pastor
en el pozo sin agua y en el ritmo pesado
de la última vaca sombría y sin clamor.
Renuévase el olor de los corrales:
gime como los niños el becerro,
y anticipadas voces vesperales
abren el ojo y el oído al perro.
En campo y en espíritu, esas voces
bajo la tempestad, resucitan entierros.

Muchos siglos de sombra
sumáronse esa noche
cuando bajamos de los Andes
con un trágico goce.
Una luna corta y cortante
preconizó la catástrofe.
Cuando la noche nos invadió
bajábamos de los Andes
y las cabalgaduras estragadas
nos recortaron alcances.
Fue esa la noche más negra

que nunca hubo caído sobre los Andes.
(El mundo debió haber sufrido
los más lúgubres trances.)
Y la lluvia larga
era tal vez el agua negra del pozo de los males.
Los rayos
apuñalearon el paisaje,
y ante el ojo del relámpago
se ensoberbecían los Andes
con ese gesto de soberbia
de las únicas cosas más grandes.
Mi amigo escupía maldiciones.
Una ráfaga insólita se metió en los ramajes.
Y como esa noche estaba hecha de siglos
y peripecias de viaje,
lanzamos a la cólera de los nocturnos cíclopes
el valeroso albur de seguir adelante.
Cuando ya algunas horas
habían muerto en la sombra,
la luna corta y cortante
era el único fruto de una gigantesca fronda.
Pero hubo de ser fruto disfrutando por las nubes,
y así proseguimos en la peor sombra.
(Nadie habría pensado ser nunca bueno
después de aquella noche!...)

Sola,

como la estrella de la tarde,
te me apareciste luminosa,
oh amada de los modos vesperales.

Y te crucifiqué sobre los cielos,
y así, transfigurada en Cruz Austral,
diste luz al sendero
dorado con tu suave martirio celestial.

APUNTES COLORIDOS

EN UNA CUENCA de los Andes
rápidos y hostiles,
se mueve en un lago vibrante
dueño de islotes y dulces confines.

Muévense el verde y el azul
hasta tonalizar nuevos colores,
y en los blancos clarísimos de espuma
hay difusión de flores.

En el cielo hay una danza de nubes.
El lago copia las mejores líneas
y las robadas sombras blancas
en la tarde se doran y se pintan.
Se torna el lago mágica acuarela
en la que formas toco y bebo tintas.

Azules crepusculares y ocre de Agosto
míranse del otro lado.
La tarde con su estrella solitaria
abre un halo a los Andes solitarios.

Luna breve.
Un fragmento de la luna
ha caído en el lago.

Si mojara mis manos en el lago
me quedarían azules para siempre.
El paisaje es más claro
y hay una dulce paz, conmovedoramente.

Lloro esa lágrima que avalúo en estrella.
La tarde se abandona a su esplendor.
Y perfecciono en el recuerdo de Ella
la santidad salvaje que hay en mi corazón.

RECUERDOS DE IZA
UN PUEBLECITO DE LOS ANDES

1. CREERÍASE que la población,
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.
2. Y así bajo la cordillera
se apostó febrilmente como la primavera.
3. En sus ventas el alcohol
está mezclado con sol.
4. Sus mujeres y sus flores
hablan el dialecto de los colores.
5. Y el riachuelo que corre como un caballo,
arrastra las gallinas en Febrero y en Mayo.
6. Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.
7. Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.
8. Como amenaza lluvia,
se ha vuelto morena la tarde que era rubia.

9. Parece que la brisa
estrena un perfume y un nuevo giro.
10. Un cantar me despliega una sonrisa
y me hunde un suspiro.

NAVIDAD

SACÓ TRAS DE LOS ANDES su Luna restaurada
la noche gigantesca solemnemente pura.
Y el cielo ecuatorial que con estrellas jura
la Cruz del Sur esconde tras niebla delicada.

Pasa la cordillera sutilmente. Robada
preconiza la noche lo que mi ser augura.
Un nombre de suspiro cerró la sepultura
que iba a tragarme... Lágrimas... y otra vida iniciada.

Ensueño? Sueño? Vida?
Me he vuelto de otra raza por el sol de la Luna?
Piedad para la angustia desplomada y hendida!

Música de los Ángeles... Noche de Navidad!
Tu nombre me salvó, Jesús blanco! y *aduna*
mi vuelta a tu hermosura su noble claridad.

Cruzaban las estrellas lánguidamente. Platas
en grandes gotas trémulas bajo el follaje había.
Faenas argentinas la Luna proseguía
y de pedriscos nulos haciendo cosas gratas.

Del pecado del mundo sobre los escarlatas,
surtidores de lirios citáronse en la vía.

Y trastornando vínculos, violetas timoratas
fuéronse como niños hacia la Epifanía.

Los arroyos saltaban para llegar más pronto;
hasta las mismas piedras querían caminar.
Se inclinaba la Luna desde su áureo tramonto.

Querubín fue una estrella que principió a cantar.
Porque la musical noche azul fue de pronto
el cintilante ángelus de la divina paz.

A BOLÍVAR

Señor: he aquí a tu pueblo; bendícelo y perdónalo.
Por ti todos los bosques son bosques de laurel.
Quien destronó a la Gloria para suplirla, puede
juntar todos los siglos para exprimir el Bien.

Dónanos tu pujanza, resucita la Aurora
que encendiste en los Andes iluminando el mar.
Desnuda sobre el cielo los rayos de tu espada
y úngenos con los ínclitos áloes de tu bondad.

Si una fuerza envidiosa desordenara el trazo
con que impusiste aquí los senderos al Sol,
cincela con tu espada y funde con tu abrazo,

(Oh escultor desta América), el hondo corazón
de las veinte Repúblicas atentas a tu brazo
para mostrarle al mundo tu milagro de Amor.

En la América Española, el 7 de agosto de 1919,
primer Centenario del triunfo de Boyacá.

CUATRO ESTROFAS

MI PATRIA da al Pacífico y al Atlántico tierras.
Tuvo un Emperador
que tornó en flechas plumas de su penacho en guerras
y en suplicio de llamas vio en el fuego la flor.

En el blasón el Águila, vértice de las sierras,
estrangula a un ofidio sin horror,
y en los lagos pintores sacian su sed las tierras
atropelladas de color.

Panoplias colgó España maternal y vencida.
Naufragaron Repúblicas. Tornó después la vida
con el bronceado campeón.

Al norte aúllan lúgubres codicias.
Pero tenemos las primicias
del ruiñón y del león.

Bogotá, el 21 de agosto de 1919

HOMENAJE A AMADO NERVO

VIDA,
vida que te restituyes a ti misma
con la vivaz aurora campesina.
Vida que sobre las rosas bautizadas
soplas el aura de la gracia eterna.
Desnudo el cuerpo, vestida el alma con tus alas
vengo a dejarte el bronce de mi juventud
a cambio de las joyas con que me adorna el alba.
Vida fuerte y prolífica
que me impeles al sol del día máximo
con una gran sonrisa,
y cuelgas de una estrella mi destino
que ha de llevarme a ella.
Vida que me has salvado de otra vida
que en ti está y no me das, porque pudiste
fascinar la serpiente de mi tristeza indígena,
hostil como el nopal en que se arqueaba,
y me lanzaste el águila de tu fuerza optimista.
Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo
y a enriquecerme con tu estío.
Dórame con tu sol junto a los trigos,
vénceme con tus frutos femeninos,
revíveme después con tus intactos vinos.
Hoy es tu fiesta,
hoy es la fiesta de tu mejor hijo.

De aquel que al fin te dijo:
«Vida, nada me debes, vida, estamos en paz.»
Ya llegó a tu regazo:
Por eso eres más bella y es más fuerte tu abrazo
y es más noble tu faz.
Hoy es la fiesta concéntrica del mundo.
Si tú le das tus rosas, él te dio sus manzanas.
Llueva la lluvia límpida del cielo matinal,
en tanto en las ciudades de Cristo, las campanas
sobre las hondas Catedrales
sacudan hasta el vaso del altar.
Vida, ya es tuyo el hombre
cuyo nombre es amado por todos y por todas.
Hoy renuevas tus bodas
y renuevas los planes a la Esfinge,
tu animal predilecto.
El tiempo ha amanecido una vez más
de yerba limpia y de jocundo insecto.
Corro sobre los prados
cantándote los cantos de alegría
de la alegría plena
porque llegó a tus bosques el poeta
que ya no va a cantar,
sino que va a escuchar;
que ya no va a decir,
sino que va a oír.
Ríname con un roble
que ramas lanzo y que corteza opongo!
Harás el dístico rotundo
para iniciar el homenaje fuerte.

Vida

generosa y magnífica,
alégrate más, alégrate,
hasta poner las rosas en los árboles
y tu corazón junto a los lirios.
El jardinero de tu flora óptima,
el hermano del agua,
te florece sus manos conmovidas.
En conjunción intensa
miro al cristiano sin liturgias, puesta
la mano con dulzura en la mejilla,
besándote la frente
y lleno de sonrisa en la pupila.

Vida

generosa y magnífica!
alégrate más, alégrate
el poeta es ya tuyo.
El hijo del Ensueño y de la Esfinge
llegó a tu corazón. Sobre el planeta
cruza la escuadra aérea
de las palomas de la paz.
Abrácense las liras, súmense las Auroras!
Ríjase el río por lo que diga la torcaz,
porque integró la vida su prosapia recóndita.

Pasa el Solemne Soplo del Templo de la Paz.

Bogotá, septiembre, 1919

EPÍLOGO

UNA DOBLE CELEBRACIÓN

El primer libro publicado por Carlos Pellicer, es tal vez el que reúne más datos curiosos y algún misterio oculto.

La edición consta de 78 hojas de papel, sueltas, sin cosido ni pegamento, sin numeración, empacadas en un sobre de cartulina ligeramente más gruesa que el resto del papel.

Aunque una página está impresa con la palabra ÍNDICE, no se ha encontrado nada que lo sea, ni un listado de los poemas.

Al día de hoy nunca se había vuelto a reunir e imprimir el material supuestamente completo. Esta edición es el intento más próximo a lo que imaginamos fue el libro original.

Y, a 101 años de su aparición, es un homenaje en los 125 años del natalicio del poeta.

La hoja con una nota a manera de prólogo, apenas la encontré hace unos años, mucho después que Luis Mario Schneider ordenara y numerara tentativamente el ejemplar dedicado por el poeta a su novia —Esperanza Nieto— cuando viajó a Villahermosa a principios del año 1922 precisamente para formalizar el noviazgo, compromiso que nunca dio un paso más allá.

(El prólogo apenas apareció con la edición de la *Poesía completa*).

La presentación del libro, según contaba mi tío, se hizo físicamente en el aparador de una librería (probablemente la de Editorial Cultura), regadas por el piso las páginas del libro,

junto a una amenazante escoba que invitaba a barrer las que no gustaran.

La edición incluye tres ilustraciones de Roberto Montenegro, el gran artista con el que mantuvo la mejor amistad toda la vida. Las ilustraciones son a dos y tres tintas. Estas ilustraciones nunca se han vuelto a publicar, acompañando al libro.

Cuando en 1962 Juan José Arreola organizó para la UNAM la edición del *Material poético* (aquel libro más bien grande y pesado que el poeta gustaba llamar «material de construcción»), Pellicer se encargó de hacer una nueva edición de *Colores en el mar*, incluyendo sólo 34 de los 60 poemas que conformaban la edición original. Casi nadie advirtió el hecho.

Ya para estas fechas, el poeta había logrado recoger cuanto ejemplar original descubría. Al amigo que confesaba tener un ejemplar, se lo pedía prestado. Inventaba que él no tenía ninguno y en cuanto lo copiara lo devolvería, cosa que nunca sucedió. Por esto encontré varios ejemplares, dedicados a distintos amigos, sepultados entre el caos de la biblioteca.

No hay que olvidar que para llegar a este primer libro de 60 poemas —la mayoría breves, alguno de sólo un verso— Pellicer había escrito casi 500 que dejó guardados —arrumbados, mejor dicho y que finalmente se reunieron y publicaron en los tres tomos de la *Poesía completa*.

Queda claro que la autocrítica del joven poeta era muy severa.

El libro está dedicado a Ramón López Velarde, muerto apenas unos meses antes de su aparición («tres lunas» dice la dedicatoria).

Pellicer alcanzó a conocer un poco a López Velarde a su regreso de su estancia en Colombia y Venezuela, entre 1919 y 1920. Admiraba enormemente su poesía, aunque no es fácil encontrar su influencia.

Un dato curioso. En los «Recuerdos de Iza», tan justamente recordado por su indiscutible personalidad pelliceriana, tal vez el más citado de sus dísticos dice :

*Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas*

Este poema está fechado luego de la visita al pueblito boyacense en 1919.

Entre los poemas que López Velarde dejó sin publicar, está «El perro de San Roque», seguramente escrito después de 1919, fecha en la que apareció *Zozobra*, último libro publicado en vida. En este poema hay un dístico con idéntica consonancia al de «Recuerdos de Iza»:

*A medida que vivo ignora más las cosas,
no sé ni porqué encantan las hembras y las rosas*

50 años después, Pellicer volvió a dedicarle al zacatecano un poema, «Poema en dos imágenes», en recuerdo por el medio siglo de ausencia. (Posiblemente hasta fue presentado a un concurso, con su correspondiente fracaso.)

En este extenso homenaje, el tabasqueño dedica sus recuerdos a la «dama de los guantes negros» —Margarita Quijano— con quien sostuvo largas y entrañables pláticas.

En alguna de ellas, Margarita le regaló el único manuscrito del admirado Darío, que conservó desde entonces en su ropero, junto a otros tesoros. El poema, en su segunda parte, mira hacia la «suave» patria que llenó literalmente la vida de ambos.

Los otros dos poetas citados por Pellicer en *Colores en el mar* son Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo. Al primero le dedica todos los poemas marinos y al segundo lo señala como uno de sus maestros y ejemplos de vida, además de dedicarle un poema al final del libro.

(La admiración a Díaz Mirón fue uno de los pilares poéticos de Pellicer. Algún día se estudiará el tema. Juan Villoro ha dedicado recientemente un estudio admirable y puntual a la relación entre Nervo y Pellicer.)

Curiosamente en el libro no se menciona a José Juan Tablada, con quien tejió gran amistad el joven Pellicer durante su estancia colombiana. De esta amistad surgieron esas imágenes sintéticas que descubrió para los «Recuerdos de Iza» o para el poema de Curazao, que guardan un gran parentesco con los «haiku» que cultivaba con tanta gracia Tablada. Pero será hasta 1941, 20 años después, cuando se publique *Exágonos*, con 22 breves poemas dedicados a Tablada, reconociendo así su deuda poética.

Colores en el mar nos muestra perfectamente definidos los caminos que transitará Pellicer. Ahí están, a las claras, su fe en Dios, su admiración «tamaño natural» a los héroes, su devoción gozosa a sus sentidos y su inagotable deslumbramiento ante el paisaje. Es la voz de la permanente alegría, inspirada por el aire y la luz milagrosa del Mar Caribe.

Al día de hoy nunca se había vuelto a reunir e imprimir el material supuestamente completo. Esta edición es, entonces, el intento más próximo a lo que imaginamos fue el libro original. Y, a 101 años de su aparición, es un homenaje en los 125 años del natalicio del poeta.

En estos tiempos de tristeza y aislamiento, de incertidumbre y desasosiego, la poesía de Pellicer es una de las compañías ideales para renovar nuestro corazón.

Cierro estas notas con los últimos versos del poema inicial del libro:

*Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino*

*pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor, arda y convivía*

*en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente
y cíñela Señor con la infinita
corona del amor.*

Carlos Pellicer López
Ciudad de México, enero de 2022

ÍNDICE

En medio de la dicha de mi vida	9
<i>Colores en el mar. 1915-1920</i>	13
El mar	15
Lanzó el mar el gran grito de la aurora	17
El mar a azules ímpetus voltea su engranaje	18
El Sol! El Sol! El Sol!	19
Es un mar levantisco que ni con malecones	20
El mar. La tarde. Niños. Recuerdos de Sorolla.	21
Ante la fuerza elástica de las olas enormes	22
Pintado el cielo en azul	23
Palidecía el Alba sus vitrales	24
Ayer el mar, lleno de represalias	25
Como trágica víspera fue la tarde. Corría	26
Del Sur llegó el andante del mar, vuelto andantino.	27
Es un jardín el mar de nocturnos prodigios	28
Desde aquella caverna solitaria	29
Túmbame con tus olas, túmbame con tus vientos	30
El mar verde fijó el verde	31
Puerto de dos bahías colosales	32
Encumbrada la tarde las estrellas primeras	33
El viento allá a lo lejos derrumbó una silueta	34
Ráfagas ondulantes ondularon la tela	35
Estudio	36
Yo robaré tus múrices y tus nácares: Rito.	37
Esmaltín en la playa el cangrejo	38

La tarde doraba su sangre	39
Aquella noche el mundo satisfizo a los hombres . . .	41
El alba marina se pobló de ángeles	43
Apogeo monótono de suprema pujanza	44
Cuando la Aurora se izaba	45
Con un grito incompleto una cuádruple ola	46
Como un fauno marino perseguí a aquella ola	47
En la tarde opalina, frente al mar de Campeche. . . .	48
El mar diafanizaba sus figuras	49
Tarde azul, agua azul, desolación tranquila	50
Noche sin sombra, sobre el mar. La nave	51
Fresca hora de nácar. Evasivas	52
Largas olas torcían sus turbulentas masas	53
Pasé todo el día pensando en sus manos.	54
Ayer se hundieron	55
Mira cómo se van esas nubes de otoño	56
Como un encumbramiento de verdades	57
La dulce marina de Estío	58
Saludemos al mar de perpetuo entusiasmo	59
Sandalia de espuma saqué del océano	61
Es negro se desafina	62
Son de viento en las palmas. Brinca el mar	63
Yo no sé qué tiene el mar.	64
En la noche las rocas simulaban diamante.	66
Alma, ven a humillarte	67
Señor, qué gran palabra la que diste a la Noche. . . .	68
Tu belleza y el Mar buscan mi estrella.	69
Como un país demolido.	70
Dos danzas de Tórtola Valencia	71
La danza del incienso.	72

La bayadera	74
Recuerdos de los Andes	77
La tempestad en los Andes	78
Apuntes coloridos	82
Recuerdos de Iza. Un pueblecito de los Andes	84
Navidad	86
A Bolívar	88
Cuatro estrofas	89
Homenaje a Amado Nervo	90
Una doble celebración, Carlos Pellicer López	95

Colores en el mar y otros poemas 1915-1920
de Carlos Pellicer se imprimió el 25 de julio de 2022, celebrando
los 101 años de su primera publicación y el 125 natalicio del poeta.
El tiraje fue de 1 000 ejemplares y el cuidado de la edición estuvo
a cargo de M. Á. Ruiz Magdónel, Carlos Pellicer López
y Francisco Magaña.

En la intensidad de la juventud, el poeta de las aguas y el voluptuoso verde de la selva, aventura letras que ya desde entonces le ubican en un sitio en el que permanecerá no sólo durante su prolífica vida, sino incluso más allá, hasta hoy, cuando resueñan sus poemas y su voz atronadora plena de belleza y verdad.

Son los versos de Pellicer un flujo continuo de ilusiones y de amores que presagian excelsitud completa, pero en los que no es posible evitar las sombras probables del dolor y la pérdida.

El ritmo «pelliceriano» se apodera de la tinta y, con sensualidad contenida, danza embelesado de los dones de la naturaleza, del mar y del agua, pero también de la presencia humana, materna y fraterna.

Joven era el poeta, firme sus trazos y cierto su lenguaje y significado. Eso no lo abandonaría jamás.

Pellicer deseará siempre hacer el bien, y para ello confiará en su Dios, pero también en su humanidad.

*Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor no es ser divino
pero ser bueno, sí...*

De los vestigios de civilizaciones ancestrales se erigió este hombre de cadencias y elocuencias. Conocerle, reconocerle, volver a leerle, en cualquier tiempo y lugar, es un privilegio y reencontro con las voces de lo eterno.

Jorge Abdo Francis



EDICIONES MONTE CARMELO

